

NEREA PASCUAL  
@lanenañbrugal

CUANDO  
EL CIELO  
SE VUELVA  
AMARILLO



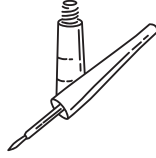
Matchstories

*Cuando el cielo  
se vuelva amarillo*

*Nerea Pascual*

**Match**stories

## Capítulo 1



*Lola*

Tenía tanto sueño que podría haberme dormido incluso estando de pie. ¿Cómo se me ocurrió quedarme hasta tan tarde viendo *Crónicas vampíricas*? En ese momento me arrepentí, pero la noche anterior necesitaba terminar la última temporada de una vez por todas. Me parece tan injusto que no les dieran a Klaus y a Caroline la historia de amor que se merecían...

—¿Por qué a estas niñas nunca se les acaba la batería? —susurró mi compañera Ana mientras dibujaba una flor en la mejilla de la pequeña.

—Ánimo, ya queda poco —murmuré. El reloj lila con forma de unicornio del fondo de la sala marcaba las doce y veinticinco.

«Un cumpleaños más y estás fuera», me recordé, porque yo también necesitaba una buena dosis de ánimos.

Llevaba todo el verano trabajando en Cuentos de Hadas, un lugar bastante sexista en el que algunos niños, pero sobre todo niñas, celebraban su cumpleaños de la manera más cursi del mundo.

La fiesta se basaba en ser el centro de atención, por lo que el

resto de las invitadas tenían que hacer lo que la cumpleañera quisiera, disfrazándose con tutús pomposos, coronas y collares de plumas o desfilando por una pasarela, no sin antes haber pasado por el *spa* donde las peinábamos y maquillábamos como princesas de cuento.

Mientras ayudaba a la mejor amiga de la cumpleañera a colocarse bien el tutú, deseé con todas mis fuerzas poder arrancarme la peluca del uniforme. Ciertamente, no lo he comentado: dentro de este centro de celebraciones tan mágico, las trabajadoras no podíamos ser menos mágicas. La vestimenta digna de un lugar como ese estaba formada por una larga y lacia peluca rosa que cada día perdía más pelo, una falda con tres volantes de un color rosa fucsia y unos leotardos blancos acompañados de unas bailarinas llenas de purpurina dorada. Eso no estaba pagado.

—¡Quiero más agua! —gritó una niña desde el fondo de la sala.

—Se pide por favor —respondí.

—Sin favor —me vaciló de manera desafiante.

«Piensa en el día de cobro», me dije para no duchar a la cría con la jarra de agua.

Después de la merienda teníamos que intentar mantener a las niñas en el sitio para poder hacer la entrega de regalos y, más tarde, algún que otro juego en el que la cumpleañera se subía al pequeño escenario del salón y sus súbditos repetían todo lo que hacía la reina.

—¿Qué canción quieres ahora? —pregunté a la pequeña con alma de demonio.

—¡*Contando lunares!* —gritó en mi oreja, como si no estuviese a menos de un metro de ella.

«¡Qué raro!»

Me hice la sorprendida; en realidad, no entendía muy bien por qué tenía que preguntar qué canción quería cuando ese tema de Don Patricio había sonado prácticamente en todos los cumpleaños de ese verano.

No sabía cuánto tiempo aguantaría en ese trabajo; los niños nunca habían sido mi fuerte, aunque por alguna extraña razón se me daban bien. Así que, cada vez que alguno pisaba mis preciosas bailarinas de purpurina dorada o pensaba que la media que me cubría el pelo para ponerme la peluca apretaba más de la cuenta, recordaba mis ansias por pagarme la autoescuela y conseguir el carnet de conducir.

Tener el carnet no me daría un coche, mi madre no podía permitírselo, pero mi abuelo siempre me había dicho que saber conducir te daba mucha libertad, y eso era exactamente lo que quería. Odiaba depender de los demás para muchas cosas, aunque no me importaba lo más mínimo coger el transporte público. Quería llevar a mis primos al colegio, a mi abuela al mercadillo o, si había una emergencia en la familia, que supieran que también podían contar conmigo.

Cuando acabé de barrer el último gusanito del suelo rosa del salón, me dirigí al vestuario con su desagradable olor a pies para volver a vestirme con mi ropa de calle.

—¡Socorro! —exclamé al entrar.

—Tápate la nariz, es insoportable —se lamentó mi compañera.

Aquel olor no era culpa nuestra; nos cambiábamos en el mismo sitio que las niñas, y de ahí el horripilante perfume a pies. Por fin pude quitarme la dichosa peluca que no dejaba respirar a mi corta melena castaña y, para variar, intenté recogerme el pelo en una pequeña coleta, porque aquel matojo sintético de color rosa me lo dejaba aplastado y grasiento.

—¿Tienes planes para esta tarde? —preguntó mi jefa mientras acababa de firmar mi horario de esa semana.

Era sábado, las vacaciones de verano llegaban a su fin y tenía muchísimas ganas de aprovechar los últimos días. Iba a empezar mi último año de instituto y eso me daba pánico, terror, ansiedad..., de todo.

Mi jefa era una mujer muy cercana y atenta, y aunque podría haberme pagado un poco más la hora, trabajar con ella era muy agradable.

—Voy a visitar a Valeria —contesté.

—¿Ha empeorado?

—No, no, todo bien.

—Vale, descansa.

Valeria era mi mejor amiga desde segundo de la ESO, aunque realmente nos conocíamos de toda la vida, ya que habíamos ido al mismo colegio, solo que a clases diferentes. No fue hasta que coincidimos un año en secundaria cuando nos volvimos más cercanas.

A principios de primero de bachillerato comenzó a tener ciertos problemas de salud. Después de varios meses de médicos y pruebas de esas que te quitan el sueño, le diagnosticaron aplasia medular, una enfermedad de la que no había oído hablar hasta que se la encontraron a ella. Es algo muy parecido a la leucemia, pero sin llegar a necesitar tratamiento oncológico.

Aunque el diagnóstico no fue tan negativo como parecía, ya que su cuerpo reaccionó de manera muy positiva a la medicación, se podría decir que Valeria había vivido el último año entre el hospital y su casa. Sus defensas brillaban por su ausencia, y a veces era peligroso que nos viéramos. Algunos días, cuando salía de fiesta y después quería ir a verla, pensaba: «Como vaya ahora, me la cargo».

A pesar de todo, gracias a lo que llamamos «el cole del hospital», pudo aprobar primero de bachillerato a distancia, y solo iba al insti para hacer los exámenes.

Me coloqué la mochila al hombro y me dirigí a la parada del autobús para llegar hasta el hospital. Mi trabajo estaba más o menos en el centro de la ciudad, así que el trayecto no era muy largo. Había estado de pie unas siete horas, por lo que el asiento del autobús me pareció más cómodo de lo normal.

Como siempre, elegí sentarme al fondo, mi lugar favorito para relajarme y disfrutar de mi momento *main character* del día. Saqué los auriculares, y el último disco de Harry Styles inundó mis oídos.

«Dios mío, amo a este hombre con toda mi alma.»

Después de varias paradas llegué y me dirigí hacia el enorme edificio rectangular de color grisáceo que, estaba segura, en algún momento debía de haber sido blanco.

La habitación de Valeria se encontraba en la quinta planta, oncología infantil. Caminé hacia los grandes ascensores azules, ya que era el único camino que me sabía para llegar a su habitación. Siendo sincera, si me quitaban esos ascensores no tendría ni la menor idea de cómo dar con ella. El hospital era un laberinto para mí.

Los pasillos de oncología infantil siempre estaban llenos de dibujos, al igual que las habitaciones, y la verdad es que era de agradecer. Las habitaciones de la planta de adultos eran de color gris, como si estar meses en un hospital no fuese lo bastante deprimente como para ver todos los días cuatro paredes de ese color.

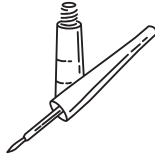
Caminé por el largo pasillo sin poder evitar que mis zapatillas chirriaran en el trayecto, lo que me provocaba un poco de

vergüenza. Cuando llegué ante la puerta de color mostaza, abrí.

—¡Lola! —gritó Valeria—. Sabía que andabas cerca por el sonido de tus zapatillas.

Mi amiga no estaba sola, sino muy bien acompañada, y ahí fue cuando me di cuenta de que estaba perdida.

## Capítulo 2



*Lola*

No podía ser. Otra vez no.

Digamos que nunca había sido una persona especialmente romántica. Siempre había sentido que mostrar mi lado más «blandito», por llamarlo de alguna manera, me volvía vulnerable, algo que, a la larga, podían utilizar en mi contra.

Nunca fui una chica cariñosa, tenía otras formas de mostrar amor, y el contacto físico no era una de ellas. No me juzguéis, amaba las comedias románticas, pero era una *hater* oficial de los finales felices. Sí es cierto que tenía una fuerte y potente creencia en el conocido cliché del «amor a primera vista», pero por desgracia nunca me era correspondido, solo yo lo sentía de esa manera.

Me enamoré a primera vista por primera vez a los catorce años, y se me revuelve el estómago solo de pensar en lo patético que fue.

Durante la segunda quincena de mayo, en mi instituto siempre se celebraba una jornada de puertas abiertas donde se realizaban todo tipo de actividades. No entendí muy bien por qué un año dejaron tocar al grupo de música de uno de los

alumnos de bachillerato, pero así fue. Adolescentes con las hormonas revolucionadas esperando en primera fila del pequeño escenario que colocaron en medio del patio, preparadas para escuchar a cuatro chavales que posiblemente tocaban de pena. Pero ahí estaba él, el chico rubio y delgado que tocaba la batería.

«Demasiado perfecto para ser real.»

Tuve tal flechazo que me pareció que tocaban como los mismísimos Arctic Monkeys.

—Chicas, necesito saber quién es ese pedazo de rubio —solté mientras formaba un pequeño corro con mi grupo de amigas.

—Creo que va a clase de mi vecina, igual podemos conseguir información si le preguntamos —respondió Valeria.

—Pero ¿tú estás loca? Son tíos de bachillerato, ni de palo vas a conseguir hablar con él. —Sofía era siempre tan positiva...

Así fue como fuimos en busca de nuestro topo y conseguimos toda la información necesaria para empezar lo que se convirtió en mi primer trauma con un chico.

—¿Gonzalo? —preguntó la vecina extrañada—. Sí, creo que nos seguimos en Insta. Te paso su cuenta.

Y así conseguimos su Instagram y, gracias a mis fantásticas dotes para ligar, logré hablar con él, con mi primer *crush*.

**Gonzalo:** No piensas enviarme una foto tuya?

**Lola:** Acaso te importa tanto el físico? No sabes nada de mí y te pasas el día hablando conmigo...

**Gonzalo:** Entonces cuándo dices que nos vemos?

Debo decir que en ese momento jugué muy bien mis cartas..., o eso creí. Empecé a hablarle desde mi cuenta secundaria de Instagram, donde no tenía ninguna foto mía. Era consciente de que, si hubiera sabido que me sacaba tres años, nunca habría mantenido una conversación conmigo, así que fui la «chica misteriosa» hasta que no pude ocultarlo más.

Estuvimos hablando casi un año, día y noche, pero nunca pasó nada. Él simplemente me quería para pasar el rato, ya que, siendo sincera, jamás mostró el más mínimo interés en tener algo conmigo. Entonces, ¿por qué se molestó en hablar conmigo durante más de un año? Nunca lo sabremos.

Hoy agradezco que me pasara eso. Aprendí que debía ser clara y me prometí a mí misma que jamás me harían perder el tiempo de esa manera. Si me gustaba alguien no iría con rodeos. Y así fue como llegué a mi segundo flechazo.

Dos veranos más tarde comencé a salir de fiesta por uno de los barrios de mi ciudad. Toda la gente de mi edad se concentraba los viernes por la noche en la misma plaza, rodeada de pubs en los que podías entrar, aunque fueras menor de edad, sin problema. Admito que a mí me daba bastante pánico ir a ese tipo de sitios, ya que, a diferencia de mis amigas, siempre he parecido más pequeña de lo que era.

Fue entonces cuando empecé a robarle el maquillaje a mi madre y me pasaba las tardes viendo tutoriales de YouTube para aprender a crear el *eyeliner* perfecto y un *contouring* digno de una Kardashian.

—Venga, Lola, no te hagas tanto de rogar. Hoy salimos y no hay más discusión.

—Valeria, de verdad que no me apetece.

—Hazlo por mí... Hoy me han roto el corazón y seguramente nunca más podré volver a enamorarme. ¡Jamás! —me suplicó Sofía, incluso se puso de rodillas.

Acepté y me arrepentiré siempre, porque me habría ahorrado uno de los mayores traumas de mi vida.

—Venga, Sofi, un par de chupitos y se te quitan todos los dramas.

«Buenísima idea, Valeria.»

Aquella tarde mi amiga Sofía había roto con su novio después de ocho meses de relación. Decidí no beber más de la cuenta porque sabía que en algún momento de la noche iba a tener que cuidar de ella. Presentía un bajón emocional digno de una adolescente con el corazón roto, y así fue.

—Muy bien, Sofi, suéltalo todo —dije mientras le sujetaba la larga melena rubia después de que expulsara el último trozo de pizza que habíamos cenado hacía menos de una hora.

—Odio a los hombres.

—Todas lo hacemos —respondí—. Vamos un rato fuera a que te dé el aire.

Aunque sabía que tenía calor por la cantidad de alcohol que acumulaba en su delgado cuerpo, intenté colocarle la chaqueta de cuero por encima para evitar más catástrofes. La obligué a sentarse en uno de los bordillos de la calle para poder descansar un poco. Los pies me estaban matando. Cuando trataba de ayudarla para evitar que se cayera, ya que su estabilidad era bastante inexistente, tropecé y me di un fuerte golpe en la cabeza contra el muro que tenía delante.

—¡Ay, lo que faltaba! —refunfuñé.

—¿Estás bien? —oí que decía alguien entonces.

Me volví con la mano en la frente, tocando el foco del dolor,

e intenté averiguar de dónde provenía aquella voz. Con la vista un poco borrosa debido al alcohol y al tropiezo, vi como un chico alto de pelo rizado se acercaba a mí.

—Te has dado un buen golpe —comentó el pelirrojo—. ¿Necesitas ayuda? —me preguntó luego, mientras su mirada se dirigía hacia un chico moreno que se encontraba en el mismo estado que Sofía—. Veo que los dos estamos igual...

—No jodas, ¡es Ed Sheeran! *Sing, sing!* —exclamó Sofía.

—Por Dios, Sofi, qué vergüenza...

—Creo que lo mejor será subir al próximo bus y volver a casa —propuso el desconocido, y yo le respondí con una sonrisa.

Cogimos el mismo autobús, ya que casualmente vivíamos por la misma zona, y volvimos a casa cuidando de los borrachos de nuestros amigos.

Por desgracia, lo que empezó siendo un encontronazo digno de comedia romántica acabó convirtiéndose en uno de mis mayores traumas. Gracias a él descubrí que mi verdadero tipo de chico eran los pelirrojos de pelo rizado y que me costaría mucho salir de ahí, pero también hizo que nunca más volviese a confiar en nadie.

Al ver que mi flechazo era correspondido, no dudé en expresar mis sentimientos al poco de empezar a conocernos, para no repetir los errores de la vez anterior. Fue una relación corta pero intensa, tal vez demasiado intensa por mi parte, lo que hizo que me arrepintiera en cuanto me engañó con una de su clase.

Y lo peor fue que me culpó a mí de que lo nuestro no funcionara, echándome en cara todos los miedos e inseguridades que le había contado como confidencias.

—¿Me estás dejando? —No me lo podía creer.

—Lo siento, pero creo que tienes muchos problemas en la cabeza que deberías resolver antes de estar con alguien.

—Si te lo conté fue porque había muchas cosas que no entendías de mí, pero ya veo que has decidido que no soy buena para ti.

Había conseguido hablarle de lo que rondaba por mi mente desde hacía años y no había sido capaz de expresar nunca en voz alta. Con su actitud, lo que logró fue que, de forma inconsciente, volviese a cerrarme en banda.

A pesar de todas mis malas experiencias, nunca me rendí. Un amor a primera vista no se podía dejar pasar, así que en cuanto vi a aquel chico en el hospital empezaron a sonar campanas de boda en mi cabeza.

—Es Nico, te he hablado mucho de él —dijo Valeria.

«Nico, Nico, Nico.» Su nombre resonó en mi mente entre las campanadas, haciendo que volviese al mundo real.